

COMPARTIR CON JESÚS SUS PRUEBAS Y SU REINADO

MEDITACIÓN DE CUARESMA Y PASCUA

Una adecuada preparación

PREPARÁNDONOS para la celebración de la Pascua Cristiana (pues en ello consiste precisamente la Cuaresma), que constituye para los creyentes en Cristo el centro y la cumbre de nuestra vida espiritual y litúrgica, no es ocioso que nos preguntemos, ¿qué significa eso de "celebrar la Pascua"? y, ¿cómo podremos vivirla adecuadamente, de modo que nos reporte, también, toda su gracia, todo el poder de renovación para nuestras vidas, que cada Pascua trae consigo?

Porque de eso se trata, de **vivir la Pascua**, no solo de asistir a unas celebraciones, más o menos sentidas, sino de comprender a fondo lo que celebramos, participar *en espíritu y en verdad* en cada uno de sus ritos, conscientes de que cada año la celebración de la Pascua es nueva, trae consigo un misterio¹ y una gracia que hemos de hacer nuestros, vida de nuestra vida. Gracia pascual que se nos da en la Pascua y pasa con la Pascua, de modo que nos quedamos sin ella si no sabemos acogerla en su momento.

En el fondo nos hace mucha falta sufrir y morir con Jesús, es decir, hacer **nuestros los motivos y contenidos de la Pasión de Cristo**, pues sin ello nunca llegaríamos a saber lo que es la Resurrección.

Es preciso, durante la Semana Santa, no dejar pasar el tiempo, como otro tiempo cualquiera, sino vivirlo desde adentro, porque contiene un misterio vivo, una gracia actual.

1

□ Podemos entender aquí el "misterio", como la forma propia de comunicarse -darse- Dios a los humanos.

Dios se comunica *haciendo señas*, llamándonos desde la profundidad de las cosas -seres y acontecimientos- para que salgamos de nuestras superficialidades y rutinas, y podamos así vivir con mayor fidelidad a todo lo auténticamente humano. Dios se comunica -revela- también, en los movimientos, a veces apenas perceptibles, que se producen en nuestra conciencia, llamándonos a un cambio de rumbo en nuestra vida y a la confianza y abandono en Él, incluso a la unión -desposorios- amorosa con Él. Por lo tanto, "misterio" no significa lejanía como distancia infranqueable de Dios, sino, muy al contrario, proximidad oculta. Oculta -pero al fin y al cabo, presencia-, por no hallarse en la superficie de los ruidos y de las prisas, de las ambiciones y protagonismos. Oculta, porque nos obliga a entrar en las profundidades, a las que ordinariamente no accedemos por nuestro estilo de vida ajetreado, mecánico, banal, deshumanizado a la postre. La categoría teológica "misterio", no está nada lejos de la categoría "humanidad". El hombre y la mujer son más humanos, cuanto más y mejor entran en las profundidades de sus propias existencias. Dios mismo en su Misterio de Comunión es profundamente Humano.

La vieja (y siempre nueva) pedagogía de la fe, nos dice que es indispensable una adecuada preparación personal y comunitaria, que conlleva el cultivo minucioso del **silencio interior** (también ambiental, porque ayuda al otro); una oración individual que ha de consistir en mirar mucho a Jesús, mediante la meditación de la Pascua del Señor, tanto en los textos bíblicos como litúrgicos; y, fortalecidos con lo anterior, una participación atenta, contemplativa, en las celebraciones de esos días.

Compartir con Jesús sus pruebas

Para responder a estas cuestiones, me ha parecido oportuno hacerlo a partir de la palabra de Lucas, que pone en boca de Jesús, dirigida ahora a nosotros, esta gozosa y comprometedora afirmación: "*Vosotros, que habéis permanecido conmigo compartiendo mis pruebas², tenéis preparado el Reino, como mi Padre me lo ha preparado a mí. Sí; vosotros, comeréis y beberéis en la mesa del Reino, y os sentaréis en tronos para juzgar a las Doce tribus de Israel*" (Lc 22, 28-30).

Y es que, la vocación cristiana bien entendida, nuestra razón última de ser en este mundo, es la de compartir con Jesús los trabajos por el Reino.

Hemos sido llamados a vivir en el seguimiento de Jesús, lo cual es imposible sin abrazar la Cruz del propio Jesús; no otra cruz, sino la de Jesús: *El siervo no es más que el señor; si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros* (Jn 15,20). *El que no toma su cruz, y me sigue, no puede ser discípulo mío* (Mt 10,38; Lc 14,27).

Se trata, pues, de compartir. Lo cual significa que dichas pruebas se viven en una muy estrecha unión con Cristo. Y, gracias a esa estrecha unión, al grado intenso de amistad con Cristo, nos es posible llevar dichas pruebas sin derrumbarnos bajo su peso por dentro ni por fuera.

Más aún: sólo mediante la perseverancia en las pruebas que nos sobrevienen *por causa de Jesús y del Evangelio*, nos vamos identificando más y más con Él, hasta llegar a ser **otro Cristo**, testigos fehacientes de su amor entre los hombres.

En suma: nadie es de verdad amigo de Jesús si no acepta (y, hasta busca) sufrir con Él, sufrir como Él y por lo que Él sufrió; por lo que hoy sufren en este momento histórico los amigos de Jesús.

2

□ No es superfluo preguntarse aquí: ¿qué es la "prueba" según el Evangelio? Aquello que se me ofrece o se me pide, en el camino de la vida, como condición para crecer en mi más auténtica personalidad, en mi humanidad más fiel a sí misma y a la misión encomendada, eso es una "prueba". Algo así como un desafío que te dice: si aceptas con confianza las dificultades que te han sobrevenido, descubrirás que tienes en ti fuerzas superiores a las que creías poseer. La "prueba" viene siempre para aumentar nuestra confianza en Dios y la fe en sí mismo.

Y, no se trata -¡ni mucho menos!- de sentirse orgulloso por las propias pruebas, puesto que ni siquiera son mías, ¡son las de Jesús!

El amor y las pruebas de Jesús

Pero nunca llegaremos a participar o compartir las pruebas de Jesús, en tanto no "sepamos" lo que significa **la palabra Amor desde el Evangelio**.

Las pruebas de Jesús, ¿qué son, sino la más clara manifestación del Amor de Dios al mundo: *¡Tanto amó Dios a este mundo, que envió a su propio Hijo, para que cuantos crean en Él tengan vida y vida abundante! ? (Jn 3,16)* Y, en la misma medida en que mis pruebas comparten y manifiestan dicho Amor (el de Dios al mundo), participan de su poder salvador, de su eficacia renovadora de la vida, que es la propia del Evangelio, la que Jesús trajo al mundo: *Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la Vida (Jn 8,12)*

De modo que, al participar en las pruebas del propio Jesús, mis obras y mi vida entera, no es mi amor el que manifiestan, sino el de Dios; si manifestasen sólo mi amor, no tendrían eficacia redentora; pero ahora se trata de mi fuerza de amar, siempre débil y limitada (por muy viva que la sienta), robustecida con toda la verdad del Amor más Grande de Dios. Dios ama en mí y por mí; por eso mi amor salva.

Es el sentirme de veras, hondamente, salvado ya por el Amor de Dios, lo que me permitirá en este mundo ser testigo de su Salvación Gratuita, Salvación exclusivamente por Amor.

Pero el Amor de Dios, manifestado en Cristo, es un Amor Crucificado (y, el verdadero amor, lo será así siempre). Por eso, sólo desde la pérdida de sí mismo, es decir, desde un amor que es como el de Jesús, servicio, renuncia a buscar uno su propia gloria ante los hombres, siendo *como el grano de trigo que muere para dar mucho fruto (Jn 12,24)*, es como el cristiano se asocia a las pruebas de Jesús y participa conscientemente en su gloria pascual³.

3

□ Puede sernos útil repasar una vez más el verdadero sentido del "Sufrimiento vicario de Cristo", que está en la base de nuestra reflexión en marcha. ¿Por qué y para qué sufrió Jesús su Pasión y su Cruz? ¿Para qué era necesario dicho sufrimiento? ¿Quién, en suma, quería que Jesús sufriese? Queda descartado el que Jesús tuviera que sufrir para pagar nuestras culpas, librándonos con su sufrimiento de tener que pagarlas nosotros mismos. Queda descartado igualmente -porque no corresponde a la imagen del Dios Padre que Jesús nos revela- que Dios obligara a su Hijo a sufrir, por obediencia, la muerte cruel del patíbulo de los malhechores. ¿Entonces...? Jesús sufre para afirmar, hasta la sangre, que Dios es Amor, Perdón, Misericordia Infinita. Jesús sufre para no traicionarse a sí mismo y mantenerse fiel a la misión encomendada por el Padre, hasta en sus últimas consecuencias. Así nos revela quién es Dios y quién es el Hombre. Dios es el que sufre por el desvarío de los hombres, hasta compartir con ellos, en la muerte injusta de su Hijo, las funestas consecuencias de nuestros orgullos, ambiciones, egoísmos, violencias. Y a la vez nos muestra, con la petición de perdón para sus verdugos, que sólo el Perdón vence al odio. Cuanto más odio en el mundo, más perdón es necesario para atajar tanto daño. Por otro lado, Jesús Crucificado, es el prototipo, el modelo acabado, de lo que es ser Hombre, ser plenamente Humano,

El verdadero amor siempre va acompañado de una perfecta salida de sí mismo. Quien no llega al olvido de sí no goza de lo mejor del amor, ni como amante ni como amado. Es amor el que me conduce a perderme en el acto de la entrega al otro. De ahí que, saber desaparecer como protagonista en la propia actividad por el bien común; entregarme a compartir la carga del hermano abrumado por la existencia, hasta sentir como mía su propia desgracia; no pensar, como lo más importante, en mis ventajas; no buscar a ultranza el éxito en mis empresas, sino aceptar las llamadas de Dios que se escuchan en el fondo de todo fracaso..., son algunas de las manifestaciones principales de ese Amor que Dios me da para que comparta yo con los demás.

Sólo mediante la perseverancia en estas pruebas del amor, acompañamos a Cristo, participando de sus mismos sentimientos, y siendo cauce abierto de su Gracia que siempre se nos ofrece. Así es como llegamos a no tener otros puntos de vista, otros deseos, otras apreciaciones acerca de las cosas, que aquellos mismos que tuvo Jesús y ahora quiere seguir teniendo en el mundo y para el mundo a través de nosotros.

Mas, conviene recordar que existen también "mis pruebas", distintas de las de Jesús: aquellas situaciones que me llevan a vivir centrado (encerrado) en mí mismo, tal vez lleno de ansiedad e incluso angustia, tal vez desbordado por una actividad excesiva, que me deshumaniza, tal vez temeroso ante el futuro y las circunstancias que lo entenebrecen.... Tales pruebas, enormemente dolorosas no pocas veces, nos pueden separar del Señor y de los demás, e incluso de nosotros mismos, de nuestro yo real, en tanto que reflejan una actitud competitiva que nos desangra, o un empeño protagonista que olvida que sólo Dios salva, o un miedo cerval que nos hace olvidar que Dios tiene más interés que yo y que todos juntos, en que las cosas marchen por el camino más justo y feliz, más de acuerdo con el bien de las personas y con la llegada de su Reino.

El seguidor de Jesús de Nazaret sabe que debe rehuir estas pruebas, nacidas de su yo mezquino, individualista, esclavo de su propio activismo, para mejor aspirar a aquellas otras pruebas que brotan del amor gratuito, amor que acompaña y comparte, que busca el bien de los demás, sin escamotear, si necesario fuere, el propio sacrificio.

Compartir con Jesús su Reinado

Se trata de compartir la alegría de la Resurrección, la alegría del propio Resucitado.

Igual que somos invitados a compartir las pruebas de Jesús, lo somos a compartir el triunfo y la gloria de su Resurrección. Retengamos, en este sentido, los siguientes textos del Nuevo Testamento:

no traicionarse a sí mismo: poner -exponer- su vida al servicio de la liberación de todos los oprimidos, y mantenerse firme en su misión, pese a que la incomprensión, la persecución y el fracaso, parezca que la hacen inútil en la consecución de sus objetivos. ¿Puede pensarse un Dios y un Hombre más dignos de ser estimados que estos? ¿Vale la pena creer en otro tipo de Dios y de Hombre?

- *Vosotros lloraréis y os lamentaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Jn 16,20).*
- *También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría (Jn 16,22).*
- *Si con Él morimos, viviremos con Él (cf 2Tim 2,8-13).*

Eso de *sentarnos en su Reino para juzgar a las Doce tribus de Israel* (Lc 22,30), tiene el sentido de hacernos partícipes del triunfo de su Resurrección, por el que Él es Señor de toda la historia. Con la Resurrección de Cristo ha resucitado la alegría para todos cuantos compartieron sus penas, sus trabajos por el Reino.

Si compartir sus penas significa entrar con Él en el movimiento del Amor de Dios que salva el mundo, hasta ser nosotros mismos salvadores con Él y en Él, ¿no será **el hecho de dejarnos amar por dicho Amor**, en el que me siento ya salvado y contemplo su acción salvadora en este mundo, lo que me permite entrar igualmente en la órbita de su Resurrección? ¿No significa, para siempre, que la fe en la Resurrección, es la garantía de que un Amor más Grande nos ha salvado ya de la muerte eterna, y ha llenado de sentido nuestra existencia temporal?

Dicho más sucintamente: todo el que acepta que no hay salvación fuera del Amor de Dios manifestado -entregado- en Cristo, ha aceptado -por la fe- que en *la experiencia de dicho Amor* se nos ha regalado ya en esta vida un germen de resurrección, fundamento de nuestra verdadera alegría, la que se mantiene en el corazón del conflicto.

Aceptar el Amor de Dios revelado en el misterio de Cristo, no es solo aceptar que Él haya muerto por mí, sino que también por mí ha resucitado.

Y, como se trata de una **cuestión de amor** -de amar y ser amado-, el hecho de ser amado por un Resucitado y poder amarlo al mismo tiempo en su entera realidad de Resucitado, comporta la resurrección de la verdadera alegría, el triunfo del más vivo e imperecedero amor, pues, ¿existe alegría mayor que la de la certeza de un amor eterno, un Amor Resucitado?

¿Cómo no ser profundamente (¡no superficialmente!) feliz si Aquel a quien amo sobre todo ha resucitado, confirmando así un amor que va más allá de la muerte, de todas las muertes, arrebatándole a la muerte su carácter de esterilidad, corrupción, pérdida, aniquilación...?

Un creyente en Cristo es una persona que, porque ama la Resurrección, la busca apasionadamente, incluso en las mismas situaciones de muerte. ¡Y no cree en la muerte más que en la Resurrección! En la muerte sólo cree como condición y paso hacia la plenitud de la vida.

Con todo, este gozo de haber resucitado ya con Cristo, no elimina de un plumazo todos mis problemas psicológicos, morales, existenciales..., así como tampoco los sufrimientos y miserias, que me impactan hasta el llanto, de los hombres y mujeres que me rodean. El mundo sigue siendo conflictivo. La vida no deja de ser una lucha constante y, no pocas veces, amarga. Sin embargo, para el creyente en Cristo, ¡la Resurrección está ahí, precisamente ahí, en medio de todas las carencias y limitaciones, en el corazón de todos los dolores y lágrimas, como fermento de algo nuevo!

En nuestro amor al Resucitado, el gozo de su Resurrección permanece en nuestros corazones, silencioso, fuera del alcance de los ruidos ensordecedores de la miseria humana. Es una invitación constante a entrar dentro de nosotros mismos, y renovar en su fuente nuestra

alegría de vivir, nuestra esperanza en el triunfo del Bien sobre todas las formas del mal, sin los cuales tampoco podremos afrontar con éxito -al menos con paciencia- los males que nos aquejan.

No es un gozo que nos venga de fuera, que nos llegue por los sentidos, sino que mana en nuestro interior, y desde el amor al Resucitado, se convierte en fuerza resucitadora para las situaciones de muerte en que nos movemos históricamente.

Gracias al Amor del Resucitado -el que nos tiene, el que le tenemos, el que nos conduce a tener con la entera creación-, su Resurrección va germinando en nuestros pensamientos, sentimientos, deseos, opciones y estilo de vida..., una renovación constante del sentido humano, de las verdaderas concepciones de la vida, de la lúcida fidelidad del hombre a sí mismo, y de la irrenunciable conciencia de misión en la vida.

A partir de ese amor que nos identifica al mismo tiempo con Cristo Muerto y Resucitado -sin poder ya separar la una de la otra-, nos domina la convicción más inalterable de que no existen causas de tristeza invencible. Y, en el instante presente, recibido y abordado como cuestión de amor con el Resucitado, que es la fuerza de renovación y ascensión en las entrañas de todo acontecimiento humano, conectaremos una y otra vez, hasta el infinito, con el germen y la fuerza divina de la Nueva Creación.

Nuestro psiquismo humano ha sido tocado por la psique del Resucitado, núcleo de toda restauración radical en el amor. En algún minúsculo lugar de nuestro cerebro, actúa la Nueva Vida del Resucitado, en un proceso que va de menos a más, encendiendo nuestras fuerzas espirituales y morales con la energía de su Ser que *todo lo hace nuevo* (cf Apc 21,5)

Por eso, nos avala la enhiesta convicción de que podemos más de lo que creemos poder en todos los campos en que se cultiva la dignidad humana; y estamos llamados a mostrarnos audaces en todas nuestras empresas evangélicas, evangelizadoras: las que defienden y propagan la Salvación por el Amor. El Amor que sabe morir para dar vida. Amor que nos libera de las infecundas tristezas que, tarde o temprano, brotan de nuestro egoísmo, así como de las falsas concepciones de la felicidad humana: aquellas que nos hacen esclavos de nuestras propias mentiras existenciales. La mente del creyente, iluminada por la Resurrección, posee en sí misma una fuente de luz que le ayuda a vislumbrar siempre los posibles caminos de bien común, de paz, de abrazo.

Como resumen: la felicidad para la que hemos sido creados, la que nos viene de nuestra imagen y semejanza con un Dios Feliz, no es una meta inalcanzable, un bien tan apetecible como imposible para aquellos que se unen a Cristo Muerto y Resucitado. Estos tales viven de un Amor real y concreto, tan Humano como Divino: el Amor que hace crecer la vida, que prefiere morir antes que matar, que no crea dependencias y rehuye toda posesividad; el Amor, en suma, que es la expresión gozosa de saberse amado y salvado por un Amor Eterno, por un Amor Gratuito.

Antonio López Baeza

Archena, 27 -II - 09

- *EL CRUCIFICADO VIVE EN EL RESUCITADO*

DIOS se manifiesta en Cristo Resucitado,
y su Luz eclipsa el brillo de la razón autosuficiente.
Su Presencia puede sentirla en su hondura habitada
todo ser humano que busca la verdad para su propia vida.
Desde el corazón de los humildes y sencillos,
Dios deshace los planes de los soberbios y orgullosos.

Cristo-Jesús: Tú eres deslumbrante, magnífico.
Vencedor de la muerte. Sembrador de Vida Inmortal.
Los que menospreciaron tu oferta de salvación gratuita,
se fatigaron inútilmente, hasta experimentar la frustración.
¡En ti comienza una Vida Nueva para todos
marcada por la alegría de vivir y la audacia creadora!

Desde la humillación del Crucificado, proclamas, oh Dios,
tu inquebrantable lealtad a nuestra condición humana,
ese tu Amor que salva por encarnación en lo pequeño.
Dios se ha hecho uno con los desheredados de la historia,
edificando su salvación sobre la Piedra Angular de la masedumbre,
el espíritu de servicio y la entrega de la propia vida.

Sabed que, el Crucificado, ¡vive en el Resucitado!;
Él nos alienta y acompaña en todas nuestras luchas
contra todas las formas de opresión e ignominia

que intentan apartar al humano de su destino de ser Dios en Dios.

Cristo, el Señor, quiere resucitarnos con Él, invitándonos a subir,
también con Él, a la Cruz de la solidaridad con los últimos.

En el Amor desgarrado de la Cruz del Redentor, se ofrece,
a todos los insatisfechos, el Poder de Dios que todo lo hace nuevo.

A. L. B.